



*Real Academia
de Ciencias Económicas y Financieras*

El precio de la desigualdad

La realización de esta publicación
ha sido posible gracias a



con la colaboración de



Barcelona 2012

Publicaciones de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras

Stiglitz, Joseph E.

El precio de la desigualdad/ discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras... Joseph E. Stiglitz y contestación... Jaime Gil Aluja.

Bibliografía

ISBN-978-84-616-0001-4

I. Título II. Gil Aluja, Jaime III. Colección

1. Discursos académicos 2. Estados Unidos – aspectos económicos – S. XXI
3. Estados Unidos – aspectos sociales – S.XXI 4. Equidad distributiva

HC110.15

La Academia no se hace responsable de las opiniones expuestas en sus propias publicaciones.

(Art. 41 del Reglamento)

Editora: © Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, Barcelona, 2012.

Con la autorización de: © Editorial Taurus

ISBN-13: 978-84-616-0001-4

Depósito legal: B 24159-2012

Nº registro: 12/67751

Esta publicación no puede ser reproducida, ni total ni parcialmente, sin permiso previo, por escrito de la editora. Reservados todos los derechos.

Imprime: Ediciones Gráficas Rey, S.L.—c/Albert Einstein, 54 C/B, Nave 12-14-15
Cornellà de Llobregat—Barcelona

Publicaciones de la Real Academia de Ciencias
Económicas y Financieras

El precio de la desigualdad

Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras
como académico correspondiente para Estados Unidos,
leído el 14 de Septiembre de 2012
por el

EXCMO. SR. DR. D. JOSEPH STIGLITZ

Y contestación del académico de número

EXCMO. SR. DR. D. JAIME GIL ALUJA

Barcelona, Septiembre 2012

Sumario

Discurso de ingreso en la Real Academia de Ciencias Económicas y
Financieras leído el 14 de Septiembre de 2012
por el académico correspondiente para Estados Unidos

EXCMO. SR. DR. D. JOSEPH STIGLITZ

EL PRECIO DE LA DESIGUALDAD 9

Discurso de contestación por el académico de número

EXCMO. SR. DR. D. JAIME GIL ALUJA

Discurso.....33

Publicaciones de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras ...45



EXCMO. SR. DR. D. JOSEPH STIGLITZ

EL PRECIO DE LA DESIGUALDAD*

Joseph E. Stiglitz

En la historia hay momentos en que da la impresión de que por todo el mundo la gente se rebela, dice que *algo va mal*, y exige cambios. Eso fue lo que ocurrió en los tumultuosos años de 1848 y 1968. La agitación que tuvo lugar en ambos casos marcó el comienzo de una nueva era. Puede que el año 2011 resulte ser otro de esos momentos. Un levantamiento juvenil que comenzó en Túnez, un pequeño país situado en la costa septentrional de África, se extendió a Egipto, un país cercano, y después a otros países de Oriente Próximo. En algunos casos, parecía que la chispa de la protesta iba a apagarse, por lo menos temporalmente. Sin embargo, en otros países aquellas tímidas protestas precipitaron un cambio social radical, y provocaron el derrocamiento de dictadores consolidados desde hacía décadas, como Hosni Mubarak en Egipto y Muamar el Gadafi en Libia. Poco después, la gente de España y Grecia, del Reino Unido y de Estados Unidos, y de otros países de todo el mundo, encontraron sus propios motivos para echarse a las calles. A lo largo de 2011, acepté gustosamente invitaciones para viajar a Egipto, a España y a Túnez y me reuní con los manifestantes en el parque del Retiro de Madrid, en el parque Zuccotti de Nueva York y en El Cairo, donde hablé con hombres y mujeres jóvenes que habían estado en la plaza Tahrir.

Al hablar con ellos me fui dando cuenta de que, aunque las quejas específicas variaban de un país a otro —y en particular las quejas políticas de Oriente Próximo eran muy distintas de las de Occidente—, había algunos temas comunes. Había un consenso generalizado de que en muchos sentidos los sistemas económico y político habían fracasado y de que ambos sistemas eran básicamente injustos.

*Este artículo tiene el © Editorial Taurus 2012.

Los manifestantes tenían razón al decir que algo iba mal. El desfase entre lo que se supone que tendrían que hacer nuestros sistemas económico y político —lo que nos contaron que hacían— y lo que hacen en realidad se había vuelto demasiado grande como para ignorarlo. Los gobiernos a lo largo y ancho del mundo no estaban afrontando los problemas económicos más importantes, como el del desempleo persistente; y a medida que se sacrificaban los valores universales de equidad en aras de la codicia de unos pocos, a pesar de una retórica que asegura lo contrario, el sentimiento de injusticia se convirtió en un sentimiento de traición.

Que los jóvenes se rebelaran contra las dictaduras de Túnez y Egipto era comprensible. Los jóvenes estaban cansados de unos líderes avejentados y anquilosados que protegían sus propios intereses a expensas del resto de la sociedad. Esos jóvenes carecían de la posibilidad de reivindicar un cambio a través de procesos democráticos. Pero la política electoral también había fracasado en las democracias occidentales. El presidente de Estados Unidos, Barack Obama, había prometido «un cambio en el que se puede creer», pero a continuación puso en práctica unas políticas económicas que a muchos estadounidenses les parecían más de lo mismo.

Y sin embargo, en Estados Unidos y en otros países, había indicios de esperanza en aquellos jóvenes manifestantes, a los que se sumaban sus padres, sus abuelos y sus maestros. No eran ni revolucionarios ni anarquistas. No estaban intentando echar abajo el sistema. Seguían creyendo que el proceso electoral *podría* funcionar, siempre y cuando los gobiernos recordasen que tienen que rendir cuentas ante el pueblo. Los manifestantes se echaron a las calles para forzar un cambio en el sistema. El nombre elegido por los jóvenes manifestantes españoles, en el movimiento que comenzó el 15 de mayo, fue «los indignados». Estaban indignados de que tanta gente lo estuviera pasando tan mal —como evidenciaba una tasa de desempleo juvenil superior al 40 por ciento desde el inicio de la crisis, en 2008— a consecuencia de las fechorías cometidas por los responsables del sector financiero. En Estados Unidos, el movimiento Occupy Wall Street se hacía eco de esa misma consigna. La injusticia de una situación en la que mucha gente perdía su vivienda y su empleo mientras que los banqueros recibían cuantiosas bonificaciones resultaba exasperante.

Sin embargo, las protestas en Estados Unidos muy pronto fueron más allá de Wall Street y se centraron en las desigualdades de la sociedad estadounidense en sentido amplio. Su consigna pasó a ser «el 99 por ciento». Los manifestantes que adoptaron esa consigna se hacían eco del título de un artículo que escribí para la revista *Vanity Fair*: «Del 1%, por el 1%, para el 1%»¹, que describía el enorme aumento de la desigualdad en Estados Unidos y un sistema político que parecía atribuir una voz desproporcionada a los de arriba.

Tres motivos resonaban por todo el mundo: que los mercados no estaban funcionando como se suponía que tenían que hacerlo, ya que a todas luces no eran ni eficientes ni estables²; que el sistema político no había corregido los fallos del mercado; y que los sistemas económico y político son fundamentalmente injustos. Aunque me centre en el exceso de desigualdad que caracteriza hoy en día a Estados Unidos y a algunos otros países industrializados avanzados, también explica en qué medida esos tres motivos están íntimamente relacionados: la desigualdad es la causa y la consecuencia del fracaso del sistema político, y contribuye a la inestabilidad de nuestro sistema económico, lo que a su vez contribuye a aumentar la desigualdad; una espiral viciosa en sentido descendente en la que hemos caído y de la que solo podemos salir a través de las políticas coordinadas que describo más adelante.

Antes de centrar nuestra atención en la desigualdad, quisiera establecer el escenario mediante una descripción de los fallos más generales de nuestro sistema económico.

El fracaso de los mercados

Está claro que los mercados no han estado funcionando de la forma que proclaman sus apologistas. Se supone que los mercados son estables, pero la crisis financiera mundial demostró que podían ser muy inestables, con catastróficas consecuencias. Los banqueros habían hecho unas apuestas que, sin ayuda de los gobiernos, los habrían arruinado a ellos y a la economía en su conjunto. Pero un

1. Mayo de 2011, disponible en <http://www.vanityfair.com/society/features/2011/05/top-one-percent-201105> (visitado el 25 de junio de 2012).

2. La naturaleza de los fallos del mercado difería, por supuesto, de un país a otro. En Egipto, por ejemplo, las reformas neoliberales de mercado habían fomentado cierto crecimiento, pero los beneficios de ese crecimiento no habían goteado hacia abajo a la mayoría de los ciudadanos.

análisis más detallado del *sistema* reveló que no se trataba de un accidente; los banqueros tenían incentivos para actuar así.

Se supone que la gran virtud del mercado es su eficiencia. Pero, evidentemente, el mercado *no* es eficiente. La ley más elemental de la teoría económica —una ley necesaria si una economía aspira a ser eficiente— es que la demanda iguale a la oferta. Pero tenemos un mundo en el que existen gigantescas necesidades no satisfechas (inversiones para sacar a los pobres de la miseria, para promover el desarrollo en los países menos desarrollados de África y de otros continentes de todo el mundo, o para adaptar la economía mundial con el fin de afrontar los desafíos del calentamiento global). Al mismo tiempo, tenemos ingentes cantidades de recursos infrautilizados (trabajadores y maquinaria que están parados o que no están produciendo todo su potencial). El desempleo —la incapacidad del mercado para crear puestos de trabajo para tantos ciudadanos— es el peor fallo del mercado, la principal fuente de ineficiencia y una importante causa de la desigualdad.

A fecha de marzo de 2012, aproximadamente 24 millones de estadounidenses que querían tener un empleo a tiempo completo no eran capaces de encontrarlo³. En Estados Unidos, estamos echando de sus hogares a millones de personas. Tenemos viviendas vacías y personas sin hogar.

Pero incluso antes de la crisis, la economía estadounidense no estaba cumpliendo con lo que prometía: aunque había un crecimiento del PIB, *la mayoría de los ciudadanos veía cómo empeoraba su nivel de vida*. En el caso de la mayoría de las familias estadounidenses, incluso antes de la llegada de la recesión, sus ingresos, descontando la inflación, eran más bajos que diez años atrás. Estados Unidos había creado una maravillosa maquinaria económica, pero evidentemente era una maquinaria que solo funcionaba para los de arriba.

3. No todos aparecen en la estadística «oficial» de desempleo, que estaba en el 8,3 por ciento. Algunos estaban buscando activamente un trabajo a tiempo completo y no podían encontrarlo, otros habían aceptado un empleo a tiempo parcial porque no había ofertas a tiempo completo, y otros estaban tan desanimados por la escasez de empleos que se habían retirado de la población activa. Las cifras de Europa son parecidas.

Hay muchísimo en juego

Se trata de por qué nuestro sistema económico no está funcionando para la mayoría de estadounidenses, por qué la desigualdad está aumentando en la medida que lo está haciendo y cuáles son las consecuencias. La tesis subyacente es que estamos pagando un precio muy alto por nuestra desigualdad —el sistema económico es menos estable y menos eficiente, hay menos crecimiento y se está poniendo en peligro nuestra democracia—. Pero hay mucho más en juego: a medida que queda claro que nuestro sistema económico no funciona para la mayoría de ciudadanos, y que nuestro sistema político ha caído en manos de los intereses económicos, la confianza en nuestra democracia y en nuestra economía de mercado, así como nuestra influencia en el mundo, se van deteriorando. A medida que se impone la realidad de que ya no somos un país de oportunidades, y de que incluso el imperio de la ley y el sistema de justicia de los que tanto hemos alardeado se han puesto en riesgo, puede que hasta nuestro sentido de identidad nacional esté en peligro.

En algunos países, el movimiento Occupy Wall Street se ha aliado estrechamente con el movimiento antiglobalización. Es cierto que tienen algunas cosas en común: la convicción de que no solo algo va mal, sino también de que es posible un cambio. Sin embargo, el problema no es que la globalización sea mala o injusta, sino que los gobiernos la están gestionando de una forma muy deficiente —mayoritariamente en beneficio de intereses especiales—. La interconexión de los pueblos, de los países y de las economías a lo largo y ancho del mundo es una nueva circunstancia que puede utilizarse igual de eficazmente tanto para promover la prosperidad como para difundir la codicia y la miseria.

Lo mismo puede decirse de la economía de mercado: el poder de los mercados es enorme, pero no poseen un carácter moral intrínseco. Tenemos que decidir cómo hay que gestionarlos. En el mejor de los casos, los mercados han desempeñado un papel crucial en los asombrosos incrementos de la productividad y del nivel de vida de los últimos doscientos años —unos incrementos que exceden sobradamente los de los dos milenios anteriores—. Pero el gobierno también ha desempeñado un importante papel en esos avances, un hecho que habitualmente los defensores del libre mercado se niegan a reconocer. Por otra parte, los mercados también pueden concentrar la riqueza, trasladar a la sociedad los costes medioambientales y abusar de los trabajadores y de los consumidores. Por todas

estas razones, resulta evidente que es necesario domesticar y moderar los mercados, para garantizar que funcionen en beneficio de la mayoría de los ciudadanos. Y es preciso hacerlo reiteradamente, para asegurarnos de que siguen haciéndolo. Eso fue lo que ocurrió en Estados Unidos durante la era progresista, cuando se aprobaron por primera vez las leyes sobre la competencia. Ocurrió durante el New Deal, cuando se promulgó la legislación sobre Seguridad Social, empleo y salario mínimo. El mensaje de Occupy Wall Street —y el de muchos otros movimientos de protesta de todo el mundo— es que una vez más es preciso domesticar y moderar los mercados. Las consecuencias de no hacerlo son graves: en el seno de una democracia coherente, donde se escucha la voz de los ciudadanos corrientes, no podemos mantener un sistema de mercado abierto y globalizado, por lo menos no en la forma en que lo conocemos, si ese sistema da lugar a que esos ciudadanos sean más pobres cada año. Una de las dos cosas tendrá que ceder: o bien nuestra política, o bien nuestra economía.

Desigualdad e injusticia

Los mercados, por sí solos, incluso cuando son eficientes y estables, a menudo dan lugar a altos niveles de desigualdad, unos resultados que generalmente se consideran injustos. Las últimas investigaciones en materia de teoría económica y de psicología han revelado la importancia que los individuos conceden a la equidad. Lo que ha motivado las protestas en todo el mundo, más que ninguna otra causa, es la sensación de que los sistemas económico y político eran injustos. En Túnez, en Egipto y en otros países de Oriente Próximo, el problema no solo era que resultaba difícil encontrar trabajo, sino que los empleos que había disponibles iban a parar a las personas con contactos.

En Estados Unidos y en Europa, las cosas parecían más justas, pero solo en la superficie. Quienes se licenciaban en las mejores universidades con las mejores notas tenían más posibilidades de conseguir los mejores empleos. Pero el sistema estaba amañado, porque los padres adinerados enviaban a sus hijos a las mejores guarderías, a los mejores centros de enseñanza primaria y a los mejores institutos, y esos estudiantes tenían muchas más posibilidades de acceder a la élite de las universidades.

Los estadounidenses comprendieron que los manifestantes de Occupy Wall Street estaban apelando a *sus* valores, y por esa razón, aunque puede que el núme-

ro de los que participaban en las protestas fuera relativamente pequeño, dos tercios de los estadounidenses decían que apoyaban a los manifestantes. Por si había alguna duda acerca del apoyo con el que contaban, el hecho de que los manifestantes fueran capaces de reunir, casi de un día para otro, 300.000 firmas a fin de mantener viva su protesta, cuando Michael Bloomberg, el alcalde de Nueva York, sugirió por primera vez que iba a clausurar el campamento del parque Zuccotti, junto a Wall Street, dejó las cosas claras⁴. Y el apoyo provenía no solo de entre los pobres y los desafortunados. Aunque puede que la policía actuara con demasiada dureza contra los manifestantes de Oakland —y al parecer eso mismo pensaban las treinta mil personas que se sumaron a las protestas al día siguiente de que se desalojara violentamente el campamento del centro de la ciudad—, cabe destacar que incluso algunos de los policías expresaron su apoyo a los manifestantes.

La crisis financiera desencadenó una nueva conciencia de que nuestro sistema económico no solo era ineficiente e inestable, sino también básicamente injusto. En efecto, tras las repercusiones de la crisis (y de la respuesta de las Administraciones de Bush y de Obama), eso era lo que opinaba casi la mitad de la población, según una encuesta reciente⁵. Se percibía, con toda razón, que era escandalosamente injusto que muchos responsables del sector financiero (a los que, para abreviar, me referiré a menudo como «los banqueros») se marcharan a sus casas con bonificaciones descomunales, mientras que quienes padecían la crisis provocada por esos banqueros se quedaban sin trabajo; o que el gobierno rescatara a los bancos, pero que fuera reacio siquiera a prorrogar el seguro de desempleo a aquellos que, sin tener culpa de nada, no podían encontrar trabajo después de buscarlo durante meses y meses⁶; o que el gobierno no consiguiera aportar más que una ayuda simbólica a los millones de personas que estaban perdiendo sus hogares. Lo que ocurrió durante la crisis dejó claro que lo que determinaba la retribución relativa *no* era la contribución de cada cual a la sociedad, sino otra cosa: los banqueros recibieron enormes recompensas, aunque su aportación a la socie-

4. Los medios informaron ampliamente de ello; véase, por ejemplo, <http://www.dailymail.co.uk/news/article-2048754/ Occupy-Wall-Street-Bloomberg-backs-dawnevic tion.html> (visitado el 25 de junio de 2012).

5. *USA Today*, disponible en <http://www.usatoday.com/news/nation/story/2011-10-17- /poll-wall-street-protests/50804978/1>.

6. Es posible que los no estadounidenses se sorprendan al saber que normalmente el seguro de desempleo en Estados Unidos solo cubre seis meses.

dad —e incluso a sus empresas— hubiera sido *negativa*. La riqueza que recibían las élites y los banqueros parecía surgir de su capacidad y su voluntad de aprovecharse de los demás.

Un aspecto de la equidad que está profundamente arraigado en los valores de Estados Unidos es la igualdad de oportunidades. Estados Unidos siempre se ha considerado a sí mismo un país donde hay *igualdad de oportunidades*. Las historias de Horatio Alger, sobre individuos que desde abajo conseguían llegar a lo más alto, forman parte del folclore estadounidense. Pero poco a poco el sueño americano que consideraba este país como una tierra de oportunidades empezó a ser simplemente eso: un sueño, un mito reafirmado por anécdotas e historias, pero no respaldado por los datos. La probabilidad de que un ciudadano estadounidense consiga llegar a lo más alto partiendo desde abajo es menor que la que tienen los ciudadanos de otros países industrializados avanzados.

Asimismo existe un mito equivalente —de los harapos a la riqueza en tres generaciones— que sugiere que quienes están en lo más alto tienen que trabajar mucho para mantenerse allí; de lo contrario, bajarán rápidamente en la escala social (ellos mismos o sus descendientes). Pero eso también es en gran medida un mito, ya que los hijos de los que están arriba seguirán, muy probablemente, en lo más alto.

En cierto sentido, en Estados Unidos y en todo el mundo, los jóvenes manifestantes aceptaron por su valor nominal lo que oían decir a sus padres y a los políticos, exactamente igual que hicieron los jóvenes estadounidenses hace cincuenta años durante el movimiento en defensa de los derechos civiles. En aquellos tiempos, examinaron con detalle los valores de *igualdad*, *equidad* y *justicia* en el contexto del trato que el país dispensaba a los afroamericanos, y encontraron graves carencias en las políticas de su país. Ahora examinan con detalle esos mismos valores en términos de cómo funciona nuestro sistema económico y nuestro sistema judicial, y han encontrado que el sistema tiene graves carencias para los ciudadanos estadounidenses pobres y de clase media, no solo en el caso de las minorías, sino para *la mayoría* de estadounidenses de cualquier procedencia.

Si el presidente Obama y nuestros tribunales de justicia hubieran declarado «culpables» de algún tipo de fechoría a quienes han llevado a la economía al bor-

de de la ruina, tal vez habría sido posible afirmar que el sistema estaba funcionando. Que por lo menos existía alguna sensación de que hay que rendir cuentas. No obstante, en realidad, quienes tendrían que haber sido condenados por esos hechos a menudo ni siquiera han sido inculcados, y cuando lo han sido, normalmente se les ha declarado no culpables, o por lo menos no han sido condenados. Posteriormente se ha condenado a unos pocos responsables del sector de los *hedge funds* por utilizar información privilegiada, pero se trata de casos de poca monta, casi una distracción. El sector de los *hedge funds* no provocó la crisis. Fueron los bancos. Y son los banqueros los que han quedado, casi hasta el último de ellos, en total libertad.

Si nadie es responsable, si no se puede *culpar* a ningún individuo por lo que ha ocurrido, quiere decir que el problema está en el sistema económico y político.

De la cohesión social a la lucha de clases

Puede que la consigna «Somos el 99 por ciento» haya marcado un importante punto de inflexión en el debate sobre la desigualdad en Estados Unidos. Los estadounidenses siempre han rehuído el análisis de clases; nos gustaba creer que el nuestro es un país de clases medias, y esa creencia contribuye a cohesionarnos. No deberían existir divisiones entre las clases altas y las bajas, entre la burguesía y los trabajadores⁷. Pero si por una sociedad basada en las clases entendemos una sociedad donde las perspectivas que tienen de ascender los que están en la parte más baja son escasas, es posible que Estados Unidos se haya convertido en una sociedad basada aún más en las clases que la vieja Europa, y que nuestras divisiones actualmente hayan llegado a ser aún mayores que las de allá⁸. Los que pertenecen al 99 por ciento siguen en la tradición de que «todos somos clase media», con una pequeña modificación: reconocen que en realidad no todos estamos ascendiendo al mismo tiempo. La inmensa mayoría está sufriendo al mismo tiempo, y los que están en lo más alto —el 1 por ciento— viven una vida diferente. El «99

7. Ese tipo de divisiones oían a análisis marxista, lo que era anatema durante la Guerra Fría, y en algunos lugares, incluso después.

8. Los sociólogos destacan que el concepto de clase tiene que ver con más cosas aparte de los ingresos.

por ciento» representa un intento de forjar una nueva coalición, un nuevo sentido de la identidad nacional, basada no ya en la ficción de una clase media universal, sino en la realidad de las divisiones económicas en el seno de nuestra economía y nuestra sociedad.

Durante años ha existido un acuerdo entre la parte alta y el resto de nuestra sociedad, que venía a decir lo siguiente: nosotros os proporcionamos empleos y prosperidad, y vosotros nos permitís que nos llevemos nuestras bonificaciones. Todos vosotros os lleváis una tajada, aunque nosotros nos llevemos una tajada más grande. Pero ahora ese acuerdo tácito entre los ricos y los demás, que siempre había sido frágil, se ha desmoronado. Los integrantes del 1 por ciento se llevan a casa la riqueza, pero al hacerlo no le han aportado nada más que angustia e inseguridad al 99 por ciento. Sencillamente, la mayoría de los estadounidenses no se ha beneficiado del crecimiento del país.

¿Nuestro sistema de mercado está erosionando los valores básicos?

Aunque este planteamiento se centra en la igualdad y la equidad, hay otro valor fundamental que nuestro sistema parece estar socavando: la sensación de *juego limpio*. Un sistema básico de valores tendría que haber generado, por ejemplo, sentimientos de culpa por parte de quienes se dedicaron a los préstamos abusivos, de quienes proporcionaron hipotecas a personas pobres que eran como bombas de relojería o de quienes diseñaban los «programas» que daban lugar a comisiones excesivas por los descubiertos, unas comisiones por valor de miles de millones de dólares. Lo que resulta asombroso es que pocas personas parecían —y siguen pareciendo— sentirse culpables, y que muy pocas dieron la voz de alarma. Algo ha pasado con nuestro sentido de los valores cuando el fin de ganar más dinero justifica los medios, lo que en el caso de la crisis de las hipotecas de alto riesgo de Estados Unidos equivalía a explotar a los ciudadanos más pobres y menos formados de nuestro país.

Gran parte de todo lo que ha estado ocurriendo solo puede describirse en términos de «penuria moral». Algo malo le ha sucedido a la brújula moral de muchísima gente que trabaja en el sector financiero y en otros ámbitos. Que las normas de una sociedad cambien de forma que tanta gente llegue a perder el norte moral dice algo significativo acerca de esa sociedad.

Parece que el capitalismo ha transformado a las personas que cayeron en su trampa. Los más brillantes de entre los brillantes que se fueron a trabajar a Wall Street eran iguales que la mayoría del resto de estadounidenses, salvo por el hecho de que ellos consiguieron mejores notas en sus universidades. Aparcaron temporalmente sus sueños de lograr un descubrimiento que salvara muchas vidas, de construir una nueva industria, de ayudar a los más pobres a salir de la miseria, al mismo tiempo que exigían unos sueldos que parecían difíciles de creer, a menudo a cambio de un trabajo que (por el número de horas) parecía difícil de creer. Pero entonces, demasiado a menudo, ocurrió una cosa: no es que aparcaran temporalmente sus sueños; es que se olvidaron de ellos⁹.

Así pues, no es de extrañar que la lista de agravios contra las grandes empresas (y no solo contra las instituciones financieras) sea larga y venga de lejos. Por ejemplo, las empresas tabaqueras, sigilosamente, fueron haciendo más adictivos sus perniciosos productos, y al mismo tiempo que intentaban convencer a los estadounidenses de que no existían «pruebas científicas» de la peligrosidad de sus productos, sus archivos estaban repletos de evidencias que demostraban lo contrario. Análogamente, Exxon utilizó su dinero para intentar convencer a los estadounidenses de que las pruebas de un calentamiento global eran endebles, aunque la Academia Nacional de Ciencias se había sumado a todos los demás organismos científicos nacionales para decir que las pruebas eran sólidas. Y mientras la economía todavía estaba tambaleándose por las fechorías del sector financiero, el derrame de petróleo de BP puso en evidencia otro aspecto de la temeridad de las

9. Una respuesta sería dejar de hablar de valores. La retórica sobre la igualdad, la equidad, el proceso debido y cosas así no tiene nada que ver con cómo funciona el mundo. En política a ese énfasis en la realidad lo llamaríamos *realpolitik*. Los defensores del «realismo» en economía a menudo propugnan una especie de darwinismo económico; dejemos que el sistema evolucione y que sobrevivan los más aptos. Los sistemas defectuosos, como el comunismo, no sobrevivirán. Por ahora, el capitalismo al estilo americano es el mejor sistema. Durante el siglo XIX esas ideas se denominaban «darwinismo social». Una variante de ese concepto se hizo muy popular entre la derecha. Un argumento de ese tipo (a menudo no manifestado) parece haber influido en ocasiones en los defensores del capitalismo al estilo americano. No obstante, esta perspectiva adolece de numerosos problemas. A un nivel teórico, ese punto de vista teleológico sobre la evolución —que conduce al mejor sistema posible— carece de justificación. Ni tampoco es seguro que un sistema que funcione ahora vaya a tener la capacidad de resistencia suficiente como para afrontar los retos del futuro. Es precisamente esa incapacidad de evaluar la capacidad de resistencia lo que constituye uno de los defectos de la economía de mercado moderna. Véase también J. E. Stiglitz, *Whither Socialism?*, Cambridge, MIT Press, 1994.

grandes empresas: la falta de cuidado en las perforaciones había puesto en peligro el medio ambiente y ponía en riesgo los empleos de miles de personas que viven de la pesca y el turismo en el golfo de México.

Si por lo menos los mercados hubieran cumplido de verdad las promesas de mejorar el nivel de vida de la mayoría de ciudadanos, todos los pecados de las grandes corporaciones, las aparentes injusticias sociales, las injurias a nuestro medio ambiente, la explotación de los pobres podrían perdonarse. Pero para los jóvenes indignados y los manifestantes de otros lugares del mundo, el capitalismo no solo no está cumpliendo lo que prometía, sino que está dando lugar a lo que no prometía: desigualdad, contaminación, desempleo y, *lo que es más importante*, la degradación de los valores hasta el extremo en que todo es aceptable y nadie se hace responsable.

El fracaso del sistema político

Parece que el sistema político está fallando en la misma medida que el sistema económico. Teniendo en cuenta el alto índice de desempleo juvenil que hay en todo el mundo —cerca de un 50 por ciento en España, y un 18 por ciento en Estados Unidos—¹⁰, tal vez resulta más sorprendente no ya que acabaran estallando las protestas, sino que tardaran tanto en hacerlo. Los parados, incluidos los jóvenes que habían estudiado mucho y que habían hecho todo lo que se supone que tenían que hacer (habían «jugado según las normas», como acostumbran a decir algunos políticos), tenían que afrontar una dura decisión: seguir desempleados o aceptar un empleo muy por debajo de su nivel de cualificación. En muchos casos ni siquiera había opción: sencillamente no había trabajo, y desde hacía ya varios años.

Una interpretación del largo retraso en la aparición de las protestas masivas era que, en los inicios de la crisis, la gente confiaba en la democracia, tenía fe en que el sistema político iba a funcionar, que iba a exigir responsabilidades a quienes habían provocado la crisis y a reparar rápidamente el sistema económico. Pero varios años después del estallido de la burbuja, quedó claro que nuestro sistema

10. A fecha de agosto de 2011, para jóvenes de entre 16 y 24 años de edad. Véase el ciber sitio del Bureau of Labor Statistics, <http://www.bls.gov/news.release/youth.nr0.htm> (visitado el 25 de junio de 2012).

político había fracasado, igual que había fracasado a la hora de evitar la crisis, de frenar el aumento de la desigualdad, de proteger a los más desfavorecidos, de evitar los abusos de las grandes empresas. Solo entonces los manifestantes se echaron a las calles.

Los estadounidenses, los europeos y los ciudadanos de otras democracias de todo el mundo se enorgullecen de sus instituciones democráticas. Pero los manifestantes han empezado a cuestionar si existe una democracia *real*. La democracia real es algo más que el derecho a votar cada dos o cuatro años. Las opciones tienen que ser significativas. Los políticos tienen que escuchar la voz de los ciudadanos. Pero cada vez más, y sobre todo en Estados Unidos, da la impresión de que el sistema político tiene más que ver con «un dólar, un voto» que con «una persona, un voto». En vez de corregir los fallos del mercado, el sistema político los estaba potenciando.

Los políticos pronuncian discursos sobre lo que está ocurriendo con nuestros valores y nuestra sociedad, y a continuación nombran para un alto cargo a los máximos directivos y a otros responsables de las grandes empresas que estaban al frente del sector financiero mientras el sistema fallaba estrepitosamente. No nos esperábamos que los arquitectos de un sistema que no ha funcionado reconstruyeran el sistema y lograran que funcionase, y sobre todo que funcionase para la mayoría de los ciudadanos —y, efectivamente, no lo han conseguido—.

Los fallos de la política y la economía están interrelacionados, y se potencian mutuamente. Un sistema político que amplifica la voz de los ricos ofrece muchas posibilidades para que las leyes y la normativa —y su administración— se diseñen de forma que no solo no protejan a los ciudadanos corrientes frente a los ricos, sino que enriquezcan aún más a los ricos a expensas del resto de la sociedad.

Esto me lleva a que aunque puede que intervengan fuerzas económicas subyacentes, la política ha condicionado el mercado, y lo ha condicionado de forma que favorezca a los de arriba a expensas de los demás. Cualquier sistema económico debe tener reglas y normativas; tiene que funcionar dentro de un marco jurídico. Hay muchos marcos distintos, y cada uno de ellos tiene consecuencias para

la distribución de la riqueza, así como para el crecimiento, para la eficiencia y para la estabilidad. La élite económica ha presionado para lograr un marco que le beneficia, a expensas de los demás, pero se trata de un sistema económico que no es ni eficiente ni justo. Me propongo explicar cómo nuestra desigualdad se refleja en cualquier decisión importante que tomamos como nación —desde nuestro presupuesto hasta nuestra política monetaria, incluso hasta nuestro sistema judicial— y demostrar que esas mismas decisiones contribuyen a perpetuar y a exacerbar dicha desigualdad¹¹. Con un sistema político que es tan sensible a los intereses económicos, la creciente desigualdad económica da lugar a un creciente desequilibrio en el poder político, a una relación viciada entre política y economía. Y las dos juntas conforman, y son conformadas por, unas fuerzas sociales —las convenciones y las instituciones sociales— que contribuyen a potenciar esa creciente desigualdad.

Qué reivindican los manifestantes y qué están consiguiendo

Los manifestantes, tal vez en mayor medida que la mayoría de los políticos, entendieron muy bien lo que está ocurriendo. Desde cierto punto de vista, piden muy poco: que se les dé una oportunidad de utilizar sus conocimientos, el derecho a un empleo digno por un salario digno, una economía y una sociedad más justas, que los traten con dignidad. En Europa y en Estados Unidos, sus reivindicaciones no son revolucionarias, sino evolutivas. No obstante, desde un punto de vista distinto, lo que piden es mucho: una democracia donde lo que cuente sea la gente, no los dólares; y una economía de mercado que cumpla lo que se supone que tiene que hacer. Las dos reivindicaciones están interrelacionadas: los mercados sin trabas de ningún tipo no funcionan bien, como hemos visto. Para que los mercados funcionen como se supone que tienen que hacerlo, tiene que haber una adecuada normativa gubernamental. Pero para que eso ocurra, hemos de tener una democracia que refleje el interés general, no intereses especiales ni simplemente a los de arriba.

11. Que nuestro sistema judicial se ha visto socavado por la creciente desigualdad ha sido el argumento de algunas discusiones recientes. Véase, por ejemplo, Glenn Greenwald, *With Liberty and Justice for Some: How the Law Is Used to Destroy Equality and Protect the Powerful*, Nueva York, Metropolitan Books/Henry Holt, 2011. Otros también han llamado la atención sobre cómo el fracaso de nuestra política —la exagerada influencia de los intereses particulares— está socavando nuestra economía, y ya lo hacía antes de que la crisis financiera quedara en evidencia. Véase Robert Kuttner, *The Squandering of America: How the Failure of Our Politics Undermines Our Prosperity*, Nueva York, Knopf, 2007.

Se ha criticado a los manifestantes por carecer de un programa, pero esas críticas no captan la esencia de los movimientos de protesta. Son una expresión de frustración con el sistema político e incluso, en los países donde hay elecciones, con el proceso electoral. Suponen una voz de alarma.

En algunos aspectos, los manifestantes ya han conseguido mucho: los comités de expertos, los organismos gubernamentales y los medios de comunicación han confirmado sus reivindicaciones, los fallos, no solo del sistema de mercado, sino del elevado e *injustificable* nivel de desigualdad. La expresión «Somos el 99 por ciento» ha calado en la conciencia popular. Nadie puede saber a ciencia cierta adónde nos llevarán estos movimientos. Pero de una cosa podemos estar seguros: esos jóvenes manifestantes ya han modificado el discurso público y la conciencia tanto de los ciudadanos corrientes como de los políticos.

Comentarios

En las semanas posteriores a los movimientos de protesta en Túnez y Egipto, yo escribí (en un primer borrador de mi artículo para *Vanity Fair*): Mientras contemplamos el fervor popular en las calles, hemos de plantearnos una pregunta: ¿cuándo llegará a Estados Unidos? En algunos aspectos importantes, nuestro propio país se ha convertido en algo parecido a uno de aquellos remotos y turbulentos lugares. En concreto, existe un domino absoluto sobre casi todo, ejercido por ese diminuto estrato de personas que están en lo más alto —el 1 por ciento más rico de la población—.

Al cabo de tan solo unos pocos meses aquellas protestas llegaron a las costas de este país.

Intento sondear las profundidades de un aspecto de lo que ha ocurrido en Estados Unidos: cómo hemos llegado a convertirnos en una sociedad tan desigual, con unas oportunidades tan menguadas, y cuáles serán las probables consecuencias de todo ello.

El cuadro que pinto hoy en día es desolador: tan solo estamos empezando a entender lo mucho que nuestro país se ha desviado de nuestras aspiraciones. Pero también hay un mensaje de esperanza. Hay marcos alternativos que funcionan

mejor para la economía en su conjunto y, lo que es más importante, para la inmensa mayoría de los ciudadanos. Una parte de ese marco alternativo implica un mejor equilibrio entre los mercados y el Estado —un punto de vista respaldado tanto por la teoría económica moderna como por las evidencias históricas—¹². En esos marcos alternativos, uno de los papeles que asume el gobierno es redistribuir los ingresos, sobre todo cuando los resultados de los procesos de mercado son demasiado divergentes.

Los críticos de la redistribución a veces sugieren que el coste de la redistribución es demasiado alto. Alegan que los desincentivos son demasiado grandes, y lo que salen ganando los pobres y los de en medio se ve más que contrarrestado por las pérdidas en el nivel más alto. A menudo, desde la derecha, se argumenta que podríamos tener más igualdad, pero solo a costa de pagar el elevado precio de un crecimiento más lento y un PIB menor. La realidad es exactamente al contrario: tenemos un sistema que ha estado trabajando horas extra a fin de trasladar el dinero desde los niveles inferiores y medios hasta el nivel más alto, pero el sistema es tan ineficiente que lo que salen ganando los de arriba es mucho menos de lo que pierden los de en medio y los de abajo. En realidad, estamos pagando un elevado precio por nuestra creciente y desmesurada desigualdad: no solo un crecimiento más lento y un PIB menor, sino incluso más inestabilidad. Y eso por no hablar de los otros precios que estamos pagando: una democracia más débil, una menor sensación de equidad y justicia, e incluso, como ya he apuntado, un cuestionamiento de nuestro sentido de la identidad.

Unas palabras de advertencia

Unos pocos comentarios preliminares adicionales: a menudo utilizo el término «el 1 por ciento» en general, para referirme al poder político y económico de los de arriba. En algunos casos, a lo que realmente me refiero es a un grupo

12. Ese es el punto de vista que yo argumentaba en mis libros, *El malestar en la globalización*, Madrid, Taurus, 2003, *Cómo hacer que funcione la globalización*, Madrid, Taurus, 2006, *Los felices noventa*, Madrid, Taurus, 2003, y *Caída libre*, Madrid, Taurus, 2010. Entre otros autores que han indagado en temas similares están los excelentes libros de Robert Kuttner, *Everything for Sale: The Virtues and Limits of Markets*, Nueva York, Knopf, 1997; John Cassidy, *Por qué quiebran los mercados*, Barcelona, RBA Libros, 2010; Michael Hirsh, *Capital Offense: How Washington's Wise Men Turned America's Future Over to Wall Street*, Nueva York, Wiley, 2010; y Jeff Madrick, *The Age of Greed: The Triumph of Finance and the Decline of America, 1970 to the Present*, Nueva York, Knopf, 2011.

mucho más reducido —la décima parte más alta de ese 1 por ciento—; en otros casos, al hablar, por ejemplo, del acceso a la educación de máximo nivel, me refiero a un grupo sensiblemente más amplio, tal vez al 5 o al 10 por ciento más alto.

Puede que se piense que hablo demasiado sobre los banqueros y sobre los máximos directivos de las grandes empresas, demasiado sobre la crisis financiera de 2008 y sus secuelas, sobre todo teniendo en cuenta que los problemas de la desigualdad en Estados Unidos vienen de mucho más atrás. No es solo que esas personas se hayan convertido en el chivo expiatorio de la opinión popular. Es que simbolizan todo lo que se ha torcido. Gran parte de la desigualdad en la parte más alta se asocia a los directivos del sector financiero y de las grandes empresas. Pero es más que eso: esos líderes han contribuido a condicionar nuestras opiniones sobre lo que es una buena política económica, y hasta que no comprendamos dónde se equivocan esos puntos de vista —y cómo, en gran medida, esas opiniones están al servicio de *sus* intereses a expensas del resto de ciudadanos—, no seremos capaces de reformular las políticas con el fin de garantizar una economía más equitativa, más eficiente y más dinámica.

Un discurso como este entraña un mayor riesgo de caer en burdas generalizaciones de lo que sería adecuado en un texto más completo, que estaría repleto de matizaciones y notas a pie de página. Así pues, además, quisiera subrayar que al censurar a los «banqueros» estoy simplificando demasiado: muchos, muchísimos financieros que conozco estarían de acuerdo con gran parte de lo que acabo de decir. Algunos de ellos se opusieron a las prácticas abusivas y a los préstamos usurarios. Algunos quisieron poner coto a la excesiva asunción de riesgos por parte de los bancos. Algunos creían que los bancos tenían que centrarse en su área de negocio principal. Hubo incluso unos cuantos bancos que hicieron precisamente eso. Pero es evidente que la mayoría de las personas importantes que tomaban decisiones no lo hicieron: tanto antes de la crisis como después, las instituciones financieras más grandes e influyentes se comportaron de una forma que resulta legítimamente criticable, y alguien tiene que asumir la responsabilidad. Cuando censuro a los «banqueros», estoy censurando a *aquellos* que decidieron, por ejemplo, dedicarse a prácticas fraudulentas y poco éticas, y a quienes crearon una cultura en el ámbito de las instituciones que lo hizo posible.

Deudas intelectuales

Un trabajo como este se basa en la erudición, teórica y empírica de cientos de investigadores. No resulta fácil reunir los datos que describen lo que está ocurriendo con la desigualdad o dar una interpretación de por qué ha sucedido todo lo que ha venido ocurriendo. ¿Por qué razón los ricos están haciéndose mucho más ricos, por qué la clase media se está despoblando y por qué está aumentando la cifra de personas pobres?

Aunque las notas aportan algunos reconocimientos, sería una negligencia por mi parte si no mencionara el exhaustivo trabajo de Emmanuel Saez y de Thomas Piketty, o el trabajo a lo largo de más de cuatro décadas de uno de mis primeros coautores, sir Anthony B. Atkinson. Dado que una parte esencial de mi tesis es la estrecha interacción entre política y economía, tengo que ir más allá de la teoría económica en sentido estricto. Mi colega del Instituto Roosevelt, Thomas Ferguson, en su libro de 1995 titulado *Golden Rule: The Investment Theory of Party Competition and the Logic of Money-Driven Political Systems* [La regla de oro: la teoría de la inversión de la competencia entre partidos y la lógica de los sistemas políticos impulsados por el dinero], fue uno de los primeros en analizar con cierto rigor el enigma fundamental de por qué, en las democracias basadas en «una persona, un voto», el dinero parece ser tan importante.

No es de extrañar que la relación entre la política y la desigualdad se haya convertido en el centro de atención de muchos libros de reciente publicación. Este trabajo, en cierto sentido, retoma el análisis donde lo dejó el excelente libro de Jacob S. Hacker y Paul Pierson titulado *Winner-Take-All Politics: How Washington Made the Rich Richer—And Turned Its Back on the Middle Class* [La política de «el ganador se lo lleva todo»: cómo Washington hizo más ricos a los ricos y dio la espalda a la clase media]¹³. Ellos son científicos sociales. Yo soy un economista. Todos nosotros intentamos lidiar con la cuestión de cómo explicar la elevada y creciente desigualdad en Estados Unidos. Yo me pregunto: ¿cómo podemos conciliar lo que ha ocurrido con la teoría económica estándar? Y aunque enfocamos la cuestión a través del objetivo de dos disciplinas diferentes, hemos llegado a la misma respuesta: parafraseando al presidente Clinton, «¡Es la políti-

13. Nueva York, Simon and Schuster, 2010.

ca, estúpido!»). El dinero habla en la política, igual que lo hace en los mercados. Que eso es así resulta evidente desde hace mucho tiempo y ha dado lugar a un rosario de libros, como *Republic, Lost: How Money Corrupts Congress—And a Plan to Stop It* [La república, perdida: cómo el dinero corrompe al Congreso, y un plan para impedirlo], de Lawrence Lessig¹⁴. También ha ido quedando cada vez más claro que la creciente desigualdad tiene un importante efecto en nuestra democracia, según han puesto de manifiesto libros como *Unequal Democracy: The Political Economy of the New Gilded Age* [La democracia desigual: la economía política de la nueva edad de oro], de Larry Bartel¹⁵, y *Polarized America: The Dance of Ideology and Unequal Riches* [Estados Unidos polarizado: el baile de la ideología y de la riqueza desigual], de Nolan McCarty, Keith T. Poole y Howard Rosenthal¹⁶.

Pero cómo y por qué el dinero resulta ser tan poderoso en una democracia donde cada persona tiene un voto —y la mayoría de los votantes, por definición, no forma parte del 1 por ciento— ha seguido siendo un misterio, sobre el que espero que este libro arroje un poco de luz¹⁷. Y lo que es más importante, intento esclarecer el nexo entre economía y política. Aunque a estas alturas es evidente que esa desigualdad creciente ha sido perjudicial para nuestra política (como evidencia el rosario de libros que acabo de mencionar), yo me propongo explicar en qué medida también resulta *muy* perjudicial para nuestra economía.

Algunas notas personales

En este trabajo vuelvo a abordar un asunto que me indujo a estudiar Teoría Económica hace cincuenta años. Inicialmente, yo pensaba especializarme en Física en Amherst College. Me encantaba la elegancia de las teorías matemáticas que describían nuestro mundo. Pero mi corazón estaba en otra parte, en la agitación social y económica de aquella época, en el movimiento por los derechos civiles en Estados Unidos y en la lucha a favor del desarrollo y contra el colonialismo en lo

14. Nueva York, Twelve, 2011.

15. Nueva York, Russell Sage, 2008.

16. Nueva York, MIT Press, 2008. Estos libros siguen una larga tradición en la que se incluye Greg Palast, *La mejor democracia que se puede comprar con dinero*, Barcelona, Crítica, 2003.

17. Una interpretación alternativa es la de Thomas Frank, en *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004.

que entonces se denominaba el Tercer Mundo. Una parte de esas inquietudes tenía sus raíces en mi experiencia de haberme criado en el corazón de la América industrial, en Gary, Indiana. Allí fui testigo directo de la desigualdad, de la discriminación, del desempleo y de las recesiones. Cuando tenía diez años, yo me preguntaba por qué la bondadosa señora que cuidaba de mí gran parte del día solo tenía estudios de primaria, en este país que parecía tan próspero, y me preguntaba por qué estaba cuidando de mí, y no de sus propios hijos. En una época en que la mayoría de los estadounidenses consideraba que la teoría económica era la ciencia del dinero, yo era, en cierto sentido, un improbable candidato a economista. Mi familia estaba comprometida políticamente, y a mí me decían que el dinero no era lo importante; que el dinero nunca compraría la felicidad; que lo que era importante era el servicio a los demás y la vida de la mente. No obstante, en la tumultuosa década de los sesenta, a medida que fui entrando en contacto con nuevas ideas en Amherst, me di cuenta de que las ciencias económicas eran mucho más que el estudio del dinero; en realidad eran una forma de investigación capaz de afrontar las razones fundamentales de la injusticia, y a las que podía dedicar eficazmente mi propensión a las teorías matemáticas.

El tema principal de mi disertación doctoral en el Massachusetts Institute of Technology (MIT) fue la desigualdad, su evolución a lo largo del tiempo, y sus consecuencias para el comportamiento macroeconómico, y sobre todo para el crecimiento. Yo adoptaba algunos de los supuestos estándar (de lo que se denomina el modelo neoclásico) y demostraba que bajo esos supuestos tendría que producirse una convergencia hacia la igualdad entre los individuos¹⁸. Estaba claro que algo no funcionaba en el modelo estándar, igual que para mí estaba claro, al haberme criado en Gary, que algo no funcionaba en un modelo estándar que afirmaba que la economía era eficiente y que no existía el desempleo ni la discriminación. Fue

18. Ese capítulo de mi tesis se publicó con el título de «The Distribution of Income and Wealth Among Individuals», *Econometrica*, 37, n.º 3 (julio de 1969), pp. 382-397. Entre otros artículos que surgieron de aquellos trabajos iniciales hay dos en colaboración con George Akerlof, con quien compartí el Premio Nobel de 2001, «Investment, Income and Wages» (resumen), *Econometrica*, 34, n.º 5, número extra (1966), p. 118, y «Capital, Wages and Structural Unemployment», *Economic Journal*, 79, n.º 314 (junio de 1969), pp. 269-281; un trabajo con mi supervisor de tesis, Robert Solow, «Output, Employment and Wages in the Short Run», *Quarterly Journal of Economics*, 82 (noviembre de 1968), pp. 537-560; y otro capítulo de mi tesis, «A Two-Sector, Two-Class Model of Economic Growth», *Review of Economic Studies*, 34 (abril de 1967), pp. 227-238.

la constatación de que el modelo estándar no describía bien el mundo en que vivíamos lo que me llevó a emprender la búsqueda de modelos alternativos, donde las imperfecciones del mercado, y en especial las imperfecciones de información y las «irracionalidades», desempeñaran un papel tan importante¹⁹. Irónicamente, mientras que esas ideas se fueron desarrollando y lograron aceptación entre algunos sectores de la profesión de la teoría económica, el concepto contrario —que los mercados funcionaban bien, o que lo harían siempre y cuando los gobiernos se quitaran de en medio— arraigó en buena parte del discurso público. Este trabajo, al igual que muchos de los que le han precedido, es un intento de dejar las cosas claras.

¿Hay esperanza?

La agenda de reformas políticas y económicas presupone que aunque las fuerzas del mercado desempeñan cierto papel en la creación de nuestro actual nivel de desigualdad, estas, en última instancia, vienen determinadas por la política. Podemos reformular esas fuerzas del mercado en una dirección tal que promuevan *más* igualdad. Podemos conseguir que los mercados funcionen, o por lo menos que funcionen mejor. Análogamente, nunca conseguiremos crear un sistema con una total igualdad de oportunidades. La Gran Recesión no creó la desigualdad del país, pero la agravó mucho, tanto que consiguió que fuera difícil ignorarla y limitó aún más el acceso a las oportunidades para un amplio sector de la población. Con las políticas adecuadas podemos conseguir que las cosas mejoren. No se trata de eliminar la desigualdad, ni de crear una plena igualdad de oportunidades. Simplemente se trata de reducir una y aumentar la otra. La pregunta es: ¿podemos conseguirlo?

19. Describo algunas de las influencias que han contribuido a la evolución de mi forma de pensar, sobre todo en lo que respecta al papel de las imperfecciones de información, en mi conferencia de aceptación del Premio Nobel, «Information and the Change in the Paradigm in Economics», en *Les Prix Nobel-The Nobel Prizes 2001*, Tore Frängsmyr, ed., Estocolmo, Fundación Nobel, 2002, pp. 472-540. También disponible en http://www.nobelprize.org/nobel_prizes/economics/laureates/2001/stiglitz-lecture.pdf (visitado el 25 de junio de 2012), y en forma abreviada con el título «Information and the Change in the Paradigm in Economics», *American Economic Review*, 92, n.º 3 (junio de 2002), pp. 460-501. Véase también la breve autobiografía que escribí para la fundación Nobel, «Nobel Memoirs», en *Les Prix Nobel-The Nobel Prizes 2001*, pp. 447-471, y «Reflections on Economics and on Being and Becoming an Economist», en *The Makers of Modern Economics*, vol. 2, Arnold Heertje, ed., Nueva York, Harvester Wheatsheaf, 1994, pp. 140-183.

Nuestra democracia, por muy sesgada que esté, ofrece dos caminos por los que podrían producirse las reformas. Los integrantes del 99 por ciento podrían llegar a darse cuenta de que han sido engañados por el 1 por ciento: que lo que conviene al 1 por ciento *no es* lo que les conviene a ellos. El 1 por ciento ha hecho todo lo posible por convencer a los demás de que no es posible un mundo alternativo; que hacer cualquier cosa que no quiera el 1 por ciento perjudicará inevitablemente al 99 por ciento. Una gran parte de mi trabajo está dedicada a destruir ese mito, y a argumentar que, en realidad, podríamos tener una economía más dinámica y más eficiente y *al mismo tiempo* una sociedad más justa.

En 2011 vimos cómo millones de personas salían a la calle para protestar por las condiciones políticas, económicas y sociales de las sociedades opresivas en las que viven. Se derrocaron los gobiernos de Egipto, Túnez y Libia. Estallaron protestas en Yemen, Bahrein y Siria. Las familias gobernantes de otros países de la región asistían nerviosamente a los acontecimientos desde sus áticos con aire acondicionado. ¿Serán ellos los siguientes? Tienen motivos para estar preocupados. Se trata de unas sociedades donde una minúscula fracción de la población — menos del 1 por ciento — controla la parte del león de la riqueza; donde la riqueza es un determinante fundamental del poder, tanto político como económico; donde la corrupción endémica, de un tipo o de otro, es una forma de vivir; y donde los más ricos a menudo interfieren activamente en contra de las políticas que mejorarían la vida de la gente en general. Cuando contemplamos el fervor popular en las calles, podríamos plantearnos algunas preguntas. ¿Cuándo llegará a Estados Unidos? ¿Cuándo llegará a otros países de Occidente? En muchos aspectos fundamentales, nuestro propio país se ha convertido en algo parecido a uno de esos lugares agitados, en un país que está al servicio de los intereses de una minúscula élite. Nosotros tenemos una gran ventaja: vivimos en una democracia, pero se trata de una democracia que ha ido reflejando cada vez menos los intereses de amplios sectores de la población. La gente se da cuenta, y eso se refleja en el poco apoyo que manifiesta por el Congreso y en una participación electoral abismalmente baja.

Y esa es la segunda vía por la que podrían producirse las reformas: el 1 por ciento podría darse cuenta de que lo que ha venido ocurriendo en Estados Unidos no solo es incoherente con nuestros valores, sino también con sus propios intereses. Alexis de Tocqueville describió una vez lo que a él le parecía un elemento primor-

dial del peculiar talento de la sociedad estadounidense, algo que él denominaba «el interés propio bien entendido». Las dos últimas palabras son cruciales. Todo el mundo posee un interés propio en sentido estricto: ¡Yo quiero lo que es bueno para mí ahora mismo! El interés propio «bien entendido» es distinto. Significa que prestar atención al interés propio de todo el mundo —en otras palabras, al bienestar común—, en última instancia, es una precondition para el bienestar de uno mismo²⁰. Tocqueville no sugería que hubiera nada noble ni idealista en ese punto de vista. Más bien sugería lo contrario: era un rasgo distintivo del pragmatismo estadounidense. Aquellos astutos estadounidenses comprendían un hecho esencial: preocuparse por los demás no solo es bueno para el alma; es bueno para los negocios.

El 1 por ciento más alto dispone de las mejores casas, de la mejor educación, de los mejores médicos y del mejor estilo de vida, pero hay una cosa que aparentemente el dinero no ha conseguido comprar: la constatación de que su destino está ligado a cómo vive el 99 por ciento restante. Se trata de una lección que, a lo largo de la historia, el 1 por ciento acaba aprendiendo. Sin embargo, a menudo, lo aprende demasiado tarde.

Hemos visto que la política y la economía son inseparables, y que si pretendemos conservar un sistema de «una persona, un voto» —y no de «un dólar, un voto»—, harán falta reformas en nuestro sistema político; pero es improbable que consigamos un sistema político justo y receptivo en el marco de un sistema económico caracterizado por el grado de desigualdad que tiene el nuestro. Hemos visto muy recientemente que nuestro sistema político no puede funcionar si no existe un sentimiento de comunidad más profundo; pero ¿cómo podemos tener ese sentimiento de comunidad si nuestro país está tan dividido? Y al contemplar la creciente división de nuestra economía, no tenemos más remedio que preguntarnos: ¿qué presagia esto para el futuro de nuestra política?

Hay dos visiones de Estados Unidos para dentro de cincuenta años. Una es una sociedad más dividida entre ricos y pobres, un país donde los ricos viven en

20. Adam Smith lo entendía así. Véase su *Teoría de los sentimientos morales* (1759), Madrid, Alianza, 2011. Véase también Emma Rothschild y Amartya Sen, «Adam Smith's Economics», *The Cambridge Companion to Adam Smith*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 319-365, sobre todo la discusión de la mancomunidad, p. 347 ss.

urbanizaciones cerradas, envían a sus hijos a colegios caros y tienen acceso a una atención sanitaria de primera calidad. Mientras tanto, el resto vive en un mundo marcado por la inseguridad, por una educación a lo sumo mediocre y una atención sanitaria racionada a todos los efectos, donde la gente espera y reza por no ponerse gravemente enferma. En la parte más baja hay millones de jóvenes alienados y sin esperanza. He visto ese cuadro en muchos países en vías de desarrollo; los economistas incluso le han puesto un nombre: economía dual, dos sociedades que viven una al lado de la otra, pero que apenas se conocen, que apenas imaginan cómo es la vida al otro lado. Ignoro si nosotros caeremos en las profundidades de algunos de esos países, donde las barreras son cada vez más altas y las sociedades se distancian cada vez más. No obstante, esa es la pesadilla hacia la que avanzamos lentamente.

La otra visión es una sociedad donde la diferencia entre los ricos y los pobres se ha reducido, donde hay un sentimiento de un destino compartido, un compromiso común con la igualdad de oportunidades y la equidad, donde las palabras «libertad y justicia para *todos*» realmente quieren decir lo que parecen, donde nos tomamos en serio la Declaración Universal de los Derechos Humanos, que subraya la importancia no solo de los derechos civiles, sino también de los derechos económicos, y no solo de los derechos de propiedad, sino de los derechos económicos de los ciudadanos corrientes. En esa visión, tenemos un sistema político cada vez más saludable, muy diferente de ese sistema donde el 80 por ciento de los jóvenes están tan distanciados que ni siquiera se molestan en votar.

Creo que esta segunda visión es la única acorde con nuestro legado y con nuestros valores. En esa visión, el bienestar de nuestros ciudadanos —e incluso nuestro crecimiento económico, sobre todo si se mide de la forma adecuada— será mucho mayor del que podemos lograr si nuestra sociedad sigue estando profundamente dividida. Estoy convencido de que aún no es demasiado tarde para que este país cambie de rumbo y para que recupere los principios fundamentales de equidad e igualdad de oportunidades sobre los que se fundó. Sin embargo, es posible que el tiempo se esté acabando. Hace cuatro años hubo un momento en que la mayoría de los estadounidenses se atrevió a tener esperanza. Podrían haberse invertido unas tendencias que llevan gestándose más de un cuarto de siglo. Por el contrario, esas tendencias se han agravado. Hoy en día, esa esperanza se está desvaneciendo.

Discurso de contestación por el Académico de Número
EXCMO. SR. DR. D. JAIME GIL ALUJA



EXCMO. SR. DR. D. JAIME GIL ALUJA

CONTESTACIÓN AL DISCURSO DE INGRESO DEL EXCMO. SR. DR. D. JOSEPH E. STIGLITZ

Jaime Gil Aluja
Presidente

Excmo. Sr. Presidente y Académico Isidro Fainé,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Excmos. Sres. Académicos,
Señoras y Señores,

Nos honramos hoy en acoger en el seno de nuestra Real Corporación, en el incomparable marco de Caixa Forum de Madrid y gracias a la generosidad de su Presidente el Excmo. Dr. D. Isidro Fainé, también miembro ilustre de la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras, al economista contemporáneo que mejor ha entendido y demostrado que la Economía no tiene mayor sentido que el de servir a las personas. Y ese plural, las personas, debe entenderse en toda su generosa grandeza: la economía no sirve para nada si no sirve para todos. Y nuestro nuevo académico, Joseph Eugene Stiglitz, ha dedicado su vida a proclamarlo.

Esa noble pulsión de convertir la Justicia en Ciencia germinó sin duda en su infancia en la ciudad industrial de Gary (Indiana), donde acumuló vivencias que ha sabido transformar después en sagaces observaciones:

“Allí fui testigo directo —escribe hoy Stiglitz— de la desigualdad, de la discriminación, del desempleo y de las recesiones. Cuando tenía diez años, yo me preguntaba por qué la bondadosa señora que cuidaba de mí gran parte del día solo tenía estudios de primaria en este país que parecía tan próspero, y me preguntaba por qué estaba cuidando de mí, y no de sus propios hijos.”

Sus importantes trabajos han permitido que coincidan en la ciencia económica lo deseable y lo constatable. Porque Stiglitz ha logrado constatar empíricamente que un sistema económico solo puede ser plenamente eficiente en la medi-

da en que retribuye a sus agentes en proporción a los beneficios que aportan por sus actividades.

Este logro para las ciencias sociales y el buen gobierno de todos surgió ya en sus primeros estudios económicos en el Amherst College:

“Allí me di cuenta —escribe— que las ciencias económicas eran mucho más que el estudio del dinero; en realidad eran una forma de investigación capaz de afrontar las razones fundamentales de la injusticia, y a las que podía dedicar eficazmente mi propensión a las teorías matemáticas.”

Y años después, precisamente con el apoyo de las matemáticas, el profesor Stiglitz demostraría que cuando una economía cae en manos de oligarcas, monopolistas o ventajistas, que pervierten en su beneficio las reglas de los mercados, simplemente no funciona.

Se equivocarán si ven en este empeño científico de nuestro nuevo académico mera ideología, buenas intenciones o una empresa moral. Nada de eso: estamos hablando aquí, antes que nada, de pura eficiencia económica. Porque, cuando una minoría controla o descontrola, regula o desregula en su exclusivo beneficio y en perjuicio de la mayoría, el mercado deja de ser eficiente para todos.

Stiglitz lo resume en una frase que podría ser más larga, pero no más clara: *La desigualdad destruye el crecimiento económico.*

La razón última de esta decisiva constatación es que cuando el dinero se concentra en una minoría, ésta es mucho más ineficiente al invertirlo y hacerlo circular y producir y crear prosperidad, pero, es que además y sobre todo, los plutócratas consumen mucho menos que las clases medias.

Como decía sarcástico David Rockefeller: “Puedo tener 20 coches, pero solo tengo un trasero”.

Un solo plutócrata que decida sobre miles de millones jamás adoptará decisiones tan ponderadas sobre su consumo y asignará mejor sus recursos que miles

de familias. Cuando se produce una ineficiencia del multimillonario se perjudica a todo el sistema y a todos.

Pero es que, además, se daña el capital social de un país, porque al mismo tiempo, cuando las clases medias, los profesionales y los trabajadores, ven ese proceso de concentración inadecuada de riqueza en pocas manos, casi siempre más hábiles que honestas, se desmoralizan.

Y, así, se produce un gigantesco proceso de desincentivación generalizada para el trabajo y el esfuerzo de todos los que aportan más al sistema. Los habilitados siguen acumulando riqueza.

Se observa entonces que todo ese dinero concentrado en pocas manos se detiene y languidece estancado en activos de bajo riesgo, o, lo que es peor, escondido en un paraíso fiscal: no circula ni se usa para consumir ni para crear pequeñas empresas.

No se mueve apenas y en todo caso se mueve mucho menos que cuando ese dinero se halla mejor distribuido entre todas las capas de la sociedad. Por eso, cuando esos grupos acaparan recursos, todo el sistema se vuelve menos eficiente.

Y, al contrario, un sistema económico, proclama Stiglitz, solo rinde plenamente cuando retribuye a los agentes en proporción a los beneficios para la sociedad que aportan sus actividades. Una economía solo funciona cuando paga a cada uno en proporción a lo que aporta y cuando evita que quienes no lo merecen se apropien del esfuerzo y los bienes de los demás.

Estas conclusiones y otras relacionadas con ellas eran extraídas de modelos simples y muy bien estructurados dirigidos a responder cuestiones relevantes que nuestro nuevo académico estudió en la Universidad de Chicago, bajo la dirección de **Hirofumi Uzawa** y en su doctorado del Massachusetts Institute of Technology, donde ya destacó por su capacidad de extraer de sus investigaciones conclusiones políticamente esenciales en Cambridge, Yale, Duke, Stanford, Oxford, Princeton y ya ahora en Columbia University, donde es hoy una auténtica institución y un maestro de maestros.

Desde allí ha denunciado con vigor la teoría conformista del “goteo” que presupone que aunque una minoría de los más ricos se apropien de la mayor parte de riqueza, de algún modo, de ese botín caerán “gotas” de prosperidad de las que se beneficiarán todos. Sostiene lo contrario: cuanto más ricos sean esos pocos, más pobres seremos el resto, como pone en evidencia en varios de los modelos económicos que nos propone.

Se puede afirmar sin lugar a dudas que en el caso de Stiglitz, el compromiso político no ha quedado en los buenos deseos del académico sino en su participación en el Gobierno Clinton como presidente del Consejo de Asesores Económicos o en el Banco Mundial, donde fue vicepresidente y Economista jefe desde el año 1997 hasta el año 2000 en que renunció por discrepancias con la línea oficial del Banco.

Y sólo un año después, en el 2001, obtuvo el premio Nobel de Economía junto a George Akerlof y Michael Spence, por sus análisis de mercados e información asimétrica. Con ellos puso en evidencia que “cuando los mercados están incompletos y/o la información es imperfecta (lo que ocurre prácticamente en todas las economías), incluso en un mercado competitivo, la distribución no es necesariamente Pareto Eficiente”.

En contraposición, asegura que, casi siempre existen esquemas de intervención gubernamental los cuales pueden inducir resultados que benefician a todos.

De esa manera, ensamblando en un puzle perfecto todos estos elementos, nuestro nuevo académico pudo afirmar que una buena gobernanza de la economía es más eficiente que el mercado abandonado a sus propios mecanismos. La política económica se imponía así desde la ciencia sobre el mito de la mano invisible.

Desearíamos detenernos aquí, aunque sea brevemente, en esta crítica al mecanismo económico desde la más pura abstracción. Este mecanismo que ha impregnado y todavía subyace en los razonamientos utilizados para justificar las medidas denunciadas por el profesor Stiglitz.

Desde hace ya varias décadas estamos sosteniendo la necesidad de un cambio epistemológico en el desarrollo de la investigación científica, asentando el

conocimiento económico sobre bases darwinianas en lugar de hacerlo sobre esquemas mecanicistas.

Los fundamentos biológicos de la actividad económica se hacen patentes en multitud de aspectos, si nos detenemos a reflexionar sobre cuanto sucede en todo el espectro micro y macro económico. Un ejemplo simple y cotidiano puede ser ilustrativo.

Los hombres del campo y quienes en las ciudades gozan de un jardín o tierra cultivable saben de la necesidad de “actuar” de manera continuada sobre su tierra, si desean mantener su parcela en buen estado, porque mientras los humanos descansan, se divierten o simplemente se desentienden de sus cultivos la “naturaleza” continúa sin descanso su labor natural, las malas hierbas crecen y se multiplican. Adoptar medidas puntuales sobre los mercados pueden tener efectos beneficiosos momentáneos, pero sin una vigilancia cuidadosa y continuada aparecerán inevitablemente los efectos perversos que irán degradando el sistema hasta convertirlo en insano e invivible.

El gobierno puede, pues, ser la solución y el mercado, en demasiadas ocasiones, es parte del problema, porque los mercados financieros; de materias primas; de trabajo, ... cualquier mercado desregulado y sin control, o regulado de manera inadecuada, acaba favoreciendo a unos pocos y perjudicando a los demás y al propio sistema.

Y hasta los afortunadamente pocos plutócratas capaces de capturar a los reguladores y de beneficiarse de este juego deberían preocuparse de los efectos que sus actos pueden llegar a tener en el mundo en que viven, porque la creciente desigualdad, que amenaza hoy nuestra convivencia en este planeta globalizado, nos pone en peligro a todos. También a quienes poseen grandes fortunas.

Porque la desigualdad y el imperio de los oligopolios es incompatible —y aquí los mejores politólogos coinciden con Stiglitz— con el nacimiento, consolidación y desarrollo de democracias estables.

Sin igualdad económica no hay democracia y todo gobierno democrático es consciente que debe impedir que una minoría perversa en su provecho el funcionamiento de los mercados.

Un gobierno realmente democrático, para preservar su propia supervivencia, necesita regular; controlar; mercados financieros y de bienes y servicios, adoptando decisiones en beneficio de todos.

En esta tarea se verá obligado a enfrentarse a una legión de profesionales —algunos muy astutos— empeñados en mantener los privilegios de sus clientes. Es el mundo de los “rent seekers”, los cazadores de rentas, toda una amalgama de abogados, economistas, financieros, que ponen toda su formación y esfuerzo para lograr que el sistema sea socialmente menos justo y económicamente menos eficiente.

En esa economía perversa, existen desgraciadamente talentos que dedican sus esfuerzos a quedarse con la parte más grande del pastel de todos en lugar de innovar para hacerlo crecer para toda la sociedad.

Y además de los perjuicios sistémicos que los privilegios de pocos infligen a nuestras economías, está el más difuso pero no menos influyente de la desmoralización. El enorme coste en desincentivos para los profesionales, los empresarios, los empleados, los estudiosos, que supone ver cómo los reguladores son captados por unas minorías que siguen siendo los beneficiados aunque cambien los gobiernos.

Y conocer las causas de la desmoralización es también el mejor acicate para empezar a combatirla. Con usted, profesor Stiglitz, pasamos pues de la teoría a la praxis y con usted también podemos creer en el nuevo valor de la política.

Nuestro nuevo académico ha escrito las más sugerentes páginas sobre cómo la desregulación financiera ha llevado en EE.UU. y Europa al caos del que estamos todavía muy lejos de ordenar.

Deploramos aquí con él esas malas prácticas que hemos vivido y que amenazan nuestras democracias. El único fin de las instituciones financieras es servir a la economía. Y los gobiernos y los ciudadanos que les votamos debemos velar para que la necesaria regulación bancaria evite sus abusos sin estrangular el buen hacer de los financieros honestos y eficaces, que los hay. La muestra más cercana la tenemos en esta casa que nos proporciona abrigo hoy, claro e irrefutable ejem-

plo digno de seguir. Nuestra responsabilidad como académicos es proclamar e incentivar las buenas prácticas bancarias y denunciar y desincentivar las malas.

Mención especial, además, merece el diagnóstico de nuestro nuevo académico sobre el euro al constatar sus defectos de origen: “Si todos los países europeos —dice— se vieran sacudidos por el mismo temblor, una única política monetaria sería suficiente y bastaría, también, un solo Banco Central Europeo, pero cada economía del euro sufre temblores distintos”.

Queda ahí su diagnóstico, pero afortunadamente también se mantiene aquí nuestra esperanza de que la Unión sepa al fin corregir esos defectos de diseño y avanzar hacia la sincronía y la unidad en la diversidad que nos haga a todos más prósperos. Es posible y deseable y estamos convencidos de que llegará a ser una realidad.

Porque creemos con usted, Excmo. Sr. Académico, que otro mundo es posible y necesario, suscribimos sus recetas para conseguirlo: regulación macroprudencial de las instituciones financieras puesta al servicio de todos; mayor inversión pública en innovación, investigación y en educación en todos los niveles.

Una política fiscal que acabe de una vez con los perversos paraísos fiscales tras un acuerdo internacional junto a una regulación antimonopolio que dificulte las prácticas fraudulentas que pervierten los mercados.

Creemos que los mercados regulados y controlados siguen siendo una formidable baza para generar riqueza. Y cuando son bien gobernados también para repartirla. Se trata, como afirma usted, de defender la competencia **en** el mercado y dificultar la competencia **por** el mercado, por quedarse con él.

Y también de mejorar la gobernanza de las grandes empresas para evitar ciertas prácticas, aún hoy vigentes en un buen número de ellas, que conducen a unos resultados desacordes con sus estructuras.

No podemos sino sumarnos también a sus propuestas de incentivar el ahorro del ciudadano medio; lograr una sanidad pública eficiente, porque solo la pú-

blica y universal puede serlo en ámbitos cruciales, como demuestra nuestra magnífica y gratuita Organización de Trasplantes Española.

Y una mención especial en el seno de esta España sumida en la angustia por el paro merece sus consideraciones sobre el pleno empleo.

Nos sumamos a su petición de que el Banco Central Europeo incluya en su mandato no sólo la estricta política monetaria sino también la creación de empleo y los mecanismos que conduzcan desde la depresión a la recuperación y la prosperidad.

Porque para nada servirían tener una buenas cifras macroeconómicas si la mitad de nuestra juventud estuviera condenada al paro, algo por otra parte altamente incompatible, ya que, además, como señala usted querido profesor Stiglitz, difícil será cuadrar las cuentas mientras no se consiga reducir esta lacra.

Disminuir la fiscalidad del trabajo y compensarla aumentando la del capital es, otra de sus sugerencias. Un paso en la buena dirección consiste en aumentar la presión fiscal sobre los contaminadores del medio ambiente y la salud pública, como el tabaco.

Ofrece usted, en fin, una receta que debemos considerar con detenimiento para superar el gran dilema de Occidente aprisionado en sus inmensas deudas públicas combinadas con una ausencia de crecimiento: ¿Podemos ajustar, recortar, reducir nuestras deudas y crecer al mismo tiempo? ¿Podemos evitar que los ajustes frenen el crecimiento?

El mecanicismo propio de la ciencia económica habitualmente aceptado nos ha legado la costumbre de pensar y actuar en términos propios de la estricta lógica binaria. Como si la libertad que nos otorga la matemática de los intervalos de confianza fuera tan limitada que sólo se consideraran válidos sus extremos. Sí, no; blanco, negro; ajustes, crecimiento.

Desde hace ya suficientes años somos capaces de formular modelos en los que la optimización puede hallarse, y la realidad demuestra que se encuentran casi

siempre, en posiciones intermedias, es decir, dentro de los extremos del intervalo. Quienes estamos acostumbrados a trabajar en el ámbito de la incertidumbre hemos encontrado en el operador de convolución maxmin un valioso elemento para representar la prudencia en estas situaciones no extremas.

Su propuesta se inscribe en este sentido y, por ello, digna de estudio: se trataría de aumentar los impuestos —excepto los que tasan los ingresos del trabajo— y aumentar también el gasto público al mismo tiempo, lo que constituye una receta genérica capaz de sortear el difícil dilema de cuadrar las cuentas públicas y estimular el crecimiento económico. Tomamos nota, profesor Stiglitz.

Y nos sumamos, en fin, a la petición de un nuevo pacto social, un “New Deal” que permita el retorno de la ilusión de las capas medias de la sociedad en la política para que así sea posible esa amplia y necesaria agenda reformista.

No hay otro camino, en efecto, si queremos que nuestras economías sirvan al único fin que las hace, además, eficientes: alcanzar la mejor distribución posible de la riqueza. De ese modo dejaríamos de pagar el precio de la desigualdad y empezariamos a disfrutar de los dividendos de un sistema más justo.

Hoy nos honramos en dar la bienvenida a la Real Academia de Ciencias Económicas y Financieras no solo a un brillantísimo investigador de lo económico sino a un hombre comprometido con la justicia social y la deseada igualdad que hace posible la eficiencia económica.

Saludamos también a la persona que tanto ha hecho para que este ingreso sea posible:

Anya Stiglitz, de soltera Anya Schiffrin de la Iglesia, un apellido, de la Iglesia, además del de Schiffrin, que pone de manifiesto las hondas raíces en el más ilustre exilio de su compromiso y su amor por esta España nuestra por la que trabajaremos juntos en nuestra Real Corporación.

Bienvenidos señores Stiglitz.

Muchas gracias.